

V.

Los reveses sufridos, principalmente el último, el cual fué determinado por el temor que inspiró á los tlaxcaltecas el ruido que en la noche del combate hacia el ejército de Cortés, hizo prevalecer en Tlaxcallan la opinion de Maxixcatzin, que desde un principio habia creído que debía hacerse la paz con los españoles y aliarse con ellos para combatir al imperio mexicano, con quien la república habia peleado incesantemente. El anciano Xicotencatl y el senado todo aceptaron los consejos de Maxixcatzin, y se resolvió que fuese á proponer la paz á Cortés el mismo que durante la guerra habia sido general del ejército. El valiente jóven Xicotencatl rehusó desempeñar la comision, pero tuvo que obedecer al senado, y seguido de una numerosa comitiva y llevando consigo algunos regalos, se presentó á Cortés haciéndole proposiciones de paz en nombre de la república.

Fué tal el regocijo que experimentaron los españoles por este acontecimiento, que apenas despedido Xicotencatl se celebró el sacrificio de la misa en accion de gracias á Dios.

Los cuatro jefes de la república cuyos nombres mencionamos antes, salieron á encontrar á Cortés haciéndose condu-

cir con toda la pompa y acompañamiento que requería su alta dignidad. Los españoles murmuraban de su jefe que se obstinaba en consumir su empresa cuando habian muerto muchos compañeros de los alistados en Cuba, y cuando la mayor parte de los que estaban con él se encontraban heridos; pero alentado Cortés con las alianzas que los primeros dias de Setiembre habia celebrado con Ixtlilxochitl y con los huexotzincas, y creyendo en la fidelidad de los tlaxcaltecas, emprendió su marcha acompañado de los cuatro jefes de la república, é hizo su entrada á la capital el dia 26 de Setiembre de 1519.

Los españoles, despues de los tratados de paz con los tlaxcaltecas, y de haberse asegurado de la fidelidad con que serian guardados aquellos, salieron de la capital de la república con un numeroso ejército que esta puso á sus órdenes para hacer la guerra á los mexicanos. Cortés tomó el rumbo de Cholula, ciudad populosa segun refieren varios historiadores y afirma el mismo Cortés, cuyos habitantes eran enemigos de los tlaxcaltecas y aliados de los mexicanos. Los cholultecas recibieron á los españoles friamente, les escasearon los víveres y preparaban un movimiento contra ellos luego que sintieron el peso de las cadenas de la esclavitud. Súpolo Cortés, aunque todo exagerado por el temor y otras pasiones; dejó la ciudad para dirigirse á México, y ordenó á los suyos y á los tlaxcaltecas que se habian quedado en las orillas de Cholula, que destruyesen cuanto encontrasen en la ciudad, con excepcion de las mujeres y los niños. Los españoles y los tlaxcaltecas hicieron una mortandad horrible; estos, aguijoneados por el deseo de la venganza, y aquellos quizá sin otro estímulo que el de derramar sangre para aparecer fuertes, y tal vez para justificar que no era el deseo de convertir al cristianismo á los habitantes del Nuevo Mundo el que los traía de tierras tan lejanas, "no el anhelo de hacer felices á gentes que no conocian, como dijo tres siglos despues el inmortal Hidalgo, sino la sed de oro y de dominacion."

Mas dejemos á un lado ese episodio que revela el *espíritu evangélico* de los bárbaros conquistadores, episodio terrible que hace estremecer de espanto á la humanidad, y que tan bien dejó descrito el ilustre obispo Las Casas, "único corde-ro de paz en medio de tanto lobo carnicero," y sigamos á los tlaxcaltecas que acompañaron á Cortés. Solo diremos de paso que perecieron mas de seis mil cholultecas, y que los templos y casas de la ciudad fueron saqueados é incendiados.

Despues de la catástrofe, Xicotencal se presentó á Cortés con un ejército de veinte mil hombres, que regresó á Tlaxcallan á instancias del conquistador.

Los tlaxcaltecas que con Cortés salieron de Tlaxcallan, siguieron á éste en todo su camino. Llegaron á Tlalmanalco, á Texcoco, ciudad que tenia doble extension que Sevilla y que contaba cien mil casas, y pasando por Iztapalapan llegaron á México el dia 8 de Noviembre de 1519. Los tlaxcaltecas, segun se infiere de la descripcion que de la entrada de los españoles á la ciudad de Tenoch hacen varios testigos oculares, se alojaron en el antiguo palacio de Axayacatl, cerca del templo mayor.

La llegada de Narvaez obligó á Cortés á dejar la gran Tenochtitlan para ir á combatir contra su enemigo; mas no bien habia logrado su intento, cuando recibió mensajeros de Pedro de Alvarado, quien le decia que regresara pronto á México si no queria encontrar muertos á él y á todos los españoles. El conquistador habia reforzado su ejército con las fuerzas que trajo el vencido Narvaez, y apresuró su vuelta á México, pasando por Tlaxcallan, donde incorporó otros dos mil hombres de la república, y llegó á México el 21 de Junio de 1520. Comprendió Cortés lo crítico de la situacion, no obstante el aumento de las fuerzas, y reprehendió ásperamente á Alvarado por haber sido el autor de la fermentacion que contra los españoles se hacia diariamente mas notable en México. (1) Y sus temores no eran infundados. Los dias 25 y

1 Es sabido que durante la ausencia de Cortés, mientras Motecuh-

26 del mismo mes los españoles se vieron hostilizados ruda é incesantemente, y fueron necesarios todos los esfuerzos del valor desesperado de los conquistadores y de los aliados, principalmente los tlaxcaltecas, para que los invasores de la capital no hubieran sucumbido. El mismo Cortés, cuya audacia debemos confesar en obsequio de la verdad histórica, conoció la inmensidad del peligro y dijo á Motecuhzoma que saldria de la ciudad, pero que depusiesen las armas los mexicanos. No solo esto, sino que se valió de la autoridad y la influencia que ejercia el emperador sobre los mexicanos. El débil monarca habló á su pueblo amonestándole para que dejase las armas, pero de en medio de la multitud se alzó la voz de un hombre que llamaba á Motecuhzoma débil, afeminado é indigno de gobernar á la nacion mexicana, y prosiguió el combate, que era diario. (1) Motecuhzoma murió el 30 de Junio, y los conquistadores, que no podian sostenerse en México, resolvieron retirarse con los tlaxcaltecas y demas aliados, no sin haber incendiado antes muchas casas y cometido horribles asesinatos. El 1° de Julio, en la noche, se efectuó la retirada; noche memorable, bautizada por ellos mismos con el nombre de *Noche Triste*, noche en la cual los españoles perdieron las riquezas de que habian despojado á los mexicanos, y ademas cuatrocientos cincuenta hombres, segun unos historiadores, y ochocientos setenta segun Bernal Diaz. Los tlaxcaltecas y cholultecas casi acabaron en este terrible combate, y en el no menos sangriento que se libró despues en Otompan.

El jefe español volvió á Tlaxcallan, vencido, con un ejér-

zoma y la nobleza mexicana se divertian en un baile en el patio del palacio donde el infeliz monarca se encontraba realmente preso, Alvarado y los españoles se precipitaron sobre aquellos hombres indefensos, les dieron muerte y les despojaron de las joyas que traian consigo.

Hé aquí el principal móvil de los actos de los españoles, ¡las riquezas! el principal testimonio de su amor por la religion del oro!

1 Acosta dice que quien levantó la voz fué Cuauhtemotzin.

cito reducido y con muy pocos tlaxcaltecas; pero el senado de la república le ofreció nuevas tropas para reponer sus desastres. Casi tras de Cortés llegaron unos embajadores mexicanos solicitando la union del imperio y la república para combatir á los españoles. Los senadores deliberaron largamente sobre las patrióticas proposiciones que se les hacian, y el jóven Xicotencatl fué el primero que levantó la voz en favor de los mexicanos, diciendo que la alianza con ellos era conveniente, que habia llegado la ocasion de destruir por completo á los españoles; pero prevaleció la opinion de Maxixcatzin, fiel aliado de estos. En el calor de la discusion, el senador dió un golpe al intrépido general que comprendia mejor que el magistrado los deberes de un tlaxcalteca. Xicotencatl fué reducido á prision por órden del mismo senado.

VI.

Del incidente que acabamos de referir, y de haber sido puesto en libertad Xicotencatl, segun creen algunos, por mediacion de Cortés, resultó lo que no era fácil imaginar. Xicotencatl reunió un ejército de cincuenta mil hombres, ó mas, para pelear al lado del mismo contra quien pocos dias antes queria combatir.

Por multitud de pueblos hizo correrías Cortés antes de resolverse á dirigirse sobre México, y por donde quiera lo seguian los aliados, principalmente los que estaban á las órdenes de Xicotencatl. Los españoles, despues de celebrar alianza con muchos pueblos y de haber hecho los preparativos necesarios para volver á la capital del imperio, salieron de Tlaxcallan el 28 de Diciembre con un ejército tan numeroso, que solo el tlaxcalteca mandado por Xicotencatl y otros jefes ascendia á cien mil. Con esta gran masa de hombres volvieron á México los españoles, no sin sostener combates incesantemente por donde quiera que pasaban.

Al salir de Texcoco el ejército para la capital del imperio, ocurrió un incidente que enjendró un acontecimiento funesto. Pilteuctli, jefe tlaxcalteca, fué herido por un español;

las tropas de la república se disgustaron naturalmente, y comenzaron á abandonar las filas de los españoles. Xicotencatl, caudillo indómito, y que quizá no siguió á los enemigos de su patria sino por obedecer al senado, abandonó tambien el campo; pero noticioso del hecho Cortés, mandó á Ojeda que lo alcanzase y prendiese, lo cual logró el soldado español, é inmediatamente fué ahorcado el jóven caudillo en la ciudad de Texcoco. No solo se aplicó este bárbaro castigo al general tlaxcalteca, sino que sus bienes y su familia se adjudicaron al rey de España, tal vez para hacerlo partícipe de la *gloria* que se conquistaba con un asesinato. ¡ Los españoles fingieron llorar la muerte de Xicotencatl, y distribuyeron entre ellos sus vestidos que guardaron como reliquias!

VII.

Tal fué el fin del valiente general, que quizá presintiendo su desgracia, odiaba á los conquistadores desde que supo su aproximacion á Tlaxcallan.

Este hecho sugiere muchas y tristes reflexiones que nos abstenemos de consignar aquí, porque basta que se lea este episodio de la historia de la conquista, para que se subleven contra los españoles los sentimientos mas nobles del hombre. En lugar de emprender esta tarea enojosa, nos limitaremos á examinar en pocas líneas los hechos mas culminantes de Xicotencatl, para lo cual creemos que es necesario desapasionarse completamente, no dar oido á la voz de las simpatías que despierta el jóven guerrero, ni acusar á éste por haber seguido con sus tropas á los verdugos de su patria, sin estudiar detenidamente las circunstancias que precedieron á esta determinacion, que no deja de amenguar la gloria de héroe.

Hemos visto que desde el momento que se discutia en el senado de Tlaxcallan sobre el permiso que para llegar á la capital solicitaba Cortés, Xicotencatl se adhirió á la opinion de su anciano padre, pronunciada por la guerra. Seguimos

al joven caudillo en su primer encuentro con los españoles; le vimos rechazar enérgicamente las proposiciones de paz que Cortés le hacia despues de los primeros combates; le hemos visto ofrecer víveres á sus enemigos para que éstos no atribuyesen el éxito de la batalla á otra causa que no fuese el valor de los tlaxcaltecas, y sobre todo, le contemplamos tambien poniendo en desórden completo á los conquistadores con dos mil hombres solamente, forzando las trincheras y peleando con ellos cuerpo á cuerpo y con armas desiguales. Despues los celos de sus compañeros le impidieron obtener una victoria absoluta, y tuvo el disgusto de volver derrotado á la capital de la república, no sin haber peleado valerosamente mientras le fué posible hacerlo.

Desgraciadamente Maxixcatzin ejercia una grande influencia en el senado, y logró al fin inclinar los ánimos en favor de la amistad y alianza que Cortés solicitaba con ahinco. Y aun despues de los reveses sufridos, cuando el éxito desgraciado de los combates robustecia la opinion de aquel senador, Xicotencatl optó por la guerra, como votó por la guerra despues de haber conocido y tratado á Cortés, y cuando éste buscaba un refugio en Tlaxcallan tras la sangrienta derrota de la *Noche triste*. Pero el senado sacrificaba todo á su odio contra México, á sus temores exajerados, al deseo de vencer y humillar al imperio, y Xicotencatl fué privado de su libertad por las mismas autoridades de la república, solo porque mas patriota que ellas queria la guerra con los españoles y la alianza con los mexicanos, para pelear todos contra el enemigo comun.

Estos hechos, revelados por todos los historiadores, están indicando que no por un acto espontáneo de su voluntad se unió despues Xicotencatl á sus enemigos. Por otra parte, el jefe á quien nos referimos no era árbitro de los destinos de su país; y cuando vemos que el anciano Xicotencatl, que no era partidario de la paz con los españoles, sucumbió tambien á la opinion contraria, es necesario creer que el general tlaxcalteca no tenia la influencia y el poder necesarios pa

ra obrar conforme á sus inspiraciones, sino que una voluntad superior á la suya, los pronósticos que conservaba la tradicion y el odio, general en Tlaxcala, hácia los mexicanos, obligaron á Xicotencatl á militar en las filas españolas.

Y todavia hay otras razones que justifican bastante la conducta observada últimamente por el caudillo cuya biografía hacemos. Nuestros lectores saben que en los combates que Xicotencatl libró á los españoles, se distinguió por su energía, por su entusiasmo, por su valor, mientras que durante el tiempo que acompañó á Cortés al frente del ejército de la república, no refiere la historia una hazaña siquiera del joven que tantas veces probó que sabia afrontar los peligros. Y no se diga que le faltó teatro para distinguirse, porque son muchos los combates que sostuvo Cortés antes de volver á pisar el Valle de México.

Este hecho está revelando que Xicotencatl no obró segun las inspiraciones de su conciencia al seguir á los españoles, y que obedecia á leyes y autoridades cuyo influjo y atribuciones no conocemos exactamente. Y si esto no bastara para disminuir la gravedad de la falta del caudillo, hay que advertir que los españoles juzgaron orgulloso á Xicotencatl, lo que prueba que no estaban seguros de la sinceridad de su adhesion, y que cuando vió la conducta observada por los conquistadores, abandonó el campo de éstos, lo que proporcionó á Cortés un pretexto para ahorcar al general tlaxcalteca, cuyo valor indomable y cuyos actos recientes de hostilidad á sus enemigos, no eran por cierto las prendas que buscaba el jefe español en sus aliados. La prontitud con que se procedió en contra de Xicotencatl, no obstante los señalados servicios que la república prestó á los conquistadores, está demostrando que se le temia.

Repetimos que hay muchas circunstancias que disminuyen el valor de la falta cometida por Xicotencatl en sus últimos dias, falta que ante el juicio severo de la historia amenhua en algo la gloria del héroe. Pero nosotros observamos la conducta de otros personajes históricos á quienes venera

el mundo, y nos inclinamos naturalmente á encontrar razones para disculpar á Xicotencatl. Sucumbió éste á las manifestaciones del senado y de la opinion de su país, participó del ódio, general en Tlaxcallan, contra los mexicanos; pasó los límites de la obediencia debida á la autoridad y á la ley, y acompañó, aunque sin distinguirse en ningun combate, á sus antes enemigos y despues aliados; conoció su falta, sintió el peso de la esclavitud y abandonó el campo de éstos para ir al patíbulo, no por cierto como traidor á su patria, sino como reo del delito de infidelidad á los conquistadores. Todo esto, que constituye la falta á que hacemos referencia, por grave que sea, es menor que la de otros héroes que el mundo venera á pesar de sus pasiones y de sus debilidades. Menos culpable nos parece Xicotencatl siguiendo unos dias á Cortés, que Temístocles ofreciendo los recursos de su valor y de su influencia á Xerjes, enemigo de toda la Grecia; menos que Alcibiades, que instó á los espartanos para que fuesen á hacer la guerra y á destruir á Atenas, su patria; mucho menos que Coriolano (Cayo Marcio), llevando una guerra desoladora á Roma, y poniéndose al frente de los enemigos de la ciudad de Rómulo y de Numa. Pero para que se olvide la debilidad de Xicotencatl, para que se le disculpe, e faltó nacer en Roma ó en Grecia, le faltó un Píndaro que eternizase sus hazañas, le faltaron enemigos tan célebres como Artaxerjes y Agis, le faltó una esposa como Columbia y una mujer como Virgilia que le demostrasen que obraba mal, y—permítasenos decirlo—le falta algo la indulgencia de sus compatriotas. No por eso, sin embargo, dejarán de pasar á la posteridad el nombre y las hazañas de Xicotencatl, mucho mas gloriosas éstas que grande la falta cometida por él.

AGUSTIN R. GONZALEZ.

XOLOTL,

FUNDADOR DE LA MONARQUIA ACOLHUA.

I.

LOS toltecas, nacion originaria del Norte América, que vino á establecerse desde la lejana tierra que hoy lleva el nombre del Nuevo México, al lugar en que fundaron la nueva monarquía de Tollan (Tula), nombre que llevaba aquella de donde, segun la tradicion, fueron desterrados, llegaron á crear una poderosa é ilustrada nacion, que contó cuatro siglos de existencia.

Hallábase grande y floreciente: su territorio estaba sembrado por extensas y populosas ciudades; y todo, al concluir el cuarto siglo de su formacion, parecia augurarle una larga vida.

Pero llegó una época en que faltaron las lluvias, en que la peste arrebató millares de individuos, en que faltaron los alimentos y en que sobró la muerte. Y la miseria, y el es-